

Domingo XXX del Tiempo Ordinario (ciclo B)

- **DEL MISAL MENSUAL**
- **BIBLIA DE NAVARRA** (www.bibliadenavarra.blogspot.com)
- **SAN AGUSTÍN** (www.iveargentina.org)
- **FRANCISCO – Catequesis sobre la Eucaristía, 5 y 12 de febrero de 2014**
- **BENEDICTO XVI – Ángelus 2009 y 2012**
- **DIRECTORIO HOMILÉTICO – Congregación para el Culto Divino**
- **RANIERO CANTALAMESSA** (www.cantalamessa.org)
- **FLUVIUM** (www.fluvium.org)
- **PALABRA Y VIDA** (www.palabrayvida.com.ar)
- **BIBLIOTECA ALMUDÍ** (www.almudi.org)
 - Homilías con textos de homilías pronunciadas por San Juan Pablo II
 - Homilía a cargo de D. Justo Luis Rodríguez Sánchez de Alva
 - Homilía basada en el Catecismo de la Iglesia Católica
- **HABLAR CON DIOS** (www.hablarcondios.org)
- **Rev. D. Blas RUIZ i López (Ascó, Tarragona, España)** (www.evangelinet.net)

DEL MISAL MENSUAL

VIVIRÁ PARA SIEMPRE

Pr 9,1-6, Ef 5,15-20; Jn 6,51-58

La personificación de la Sensatez o la Sabiduría como una mujer hermosa que lanza sus pregones para atraer a los jóvenes inexpertos, aparece en reiteradas ocasiones en el libro de los Proverbios. Ahí ya se habla de un pan y un vino simbólicos, que no son nutrimento ni bebida, sino la imagen de un bien máspreciado, a saber, la prudencia y la sensatez. El amplio discurso del Pan de vida que nos ha venido refiriendo el cuarto Evangelio, recurre indudablemente al lenguaje simbólico. Sin embargo, desde la tradición de nuestra fe católica, ese pan bajado del cielo no es un símbolo ambiguo, sino uno que hace referencia a la vida entregada por el Señor Jesús; entrega que celebramos y reavivamos en cada comida eucarística que celebramos.

ANTÍFONA DE ENTRADA Sal 83, 10-1 1

Dios, protector nuestro, mira el rostro de tu Ungido. Un solo día en tu casa es más valioso, que mil días en cualquier otra parte.

ORACIÓN COLECTA

Señor Dios, que has preparado bienes invisibles para los que te aman, infunde en nuestros corazones el anhelo de amarte, para que, amándote en todo y sobre todo, consigamos tus promesas, que superan todo deseo. Por nuestro Señor Jesucristo...

LITURGIA DE LA PALABRA

PRIMERA LECTURA

Coman de mi pan y beban del vino que les he preparado.

Del libro de los Proverbios: 9, 1-6

La sabiduría se ha edificado una casa, ha preparado un banquete, ha mezclado el vino y puesto la mesa. Ha enviado a sus criados para que, desde los puntos que dominan la ciudad, anuncien esto: “Si alguno es sencillo, que venga acá”.

Y a los faltos de juicio les dice: “Vengan a comer de mi pan y a beber del vino que he preparado. Dejen su ignorancia y vivirán; avancen por el camino de la prudencia”.

Palabra de Dios. *Te alabamos, Señor.*

SALMO RESPONSORIAL

Del salmo 33, 2-3. 10-11. 12-13. 14-15

R/. Haz la prueba y verás qué bueno es el Señor.

Bendeciré al Señor a todas horas, no cesará mi boca de alabarlo. Yo me siento orgulloso del Señor; que se alegre su pueblo al escucharlo. **R/.**

Que amen al Señor todos sus fieles, pues nada faltará a los que lo aman. El rico empobrece y pasa hambre; a quien busca al Señor, nada le falta. **R/.**

Escúchame, hijo mío: voy a enseñarte cómo amar al Señor. ¿Quieres vivir y disfrutar la vida? Guarda del mal tu lengua y aleja de tus labios el engaño. Apártate del mal y haz el bien; busca la paz y ve tras ella. **R/.**

SEGUNDA LECTURA

Traten de entender cuál es la voluntad de Dios.

De la carta del apóstol san Pablo a los efesios: 5, 15-20

Hermanos: Tengan cuidado de portarse no como insensatos, sino como prudentes, aprovechando el momento presente, porque los tiempos son malos.

No sean irreflexivos, antes bien, traten de entender cuál es la voluntad de Dios. No se embriaguen, porque el vino lleva al libertinaje. Llénense, más bien, del Espíritu Santo; expresen sus sentimientos con salmos, himnos y cánticos espirituales, cantando con todo el corazón las alabanzas al Señor. Den continuamente gracias a Dios Padre por todas las cosas, en el nombre de nuestro Señor Jesucristo.

Palabra de Dios. *Te alabamos, Señor.*

ACLAMACIÓN Jn 5, 56

R/. Aleluya, aleluya.

El que come mi carne y bebe mi sangre permanece en mí y yo en él, dice el Señor. **R/.**

EVANGELIO

Mi carne es verdadera comida y mi sangre es verdadera bebida.

+ Del santo Evangelio según san Juan: 6, 51-58

En aquel tiempo, Jesús dijo a los judíos: “Yo soy el pan vivo, que ha bajado del cielo; el que coma de este pan vivirá para siempre. Y el pan que yo les voy a dar es mi carne, para que el mundo tenga vida”.

Entonces los judíos se pusieron a discutir entre sí: “¿Cómo puede éste darnos a comer su carne?”

Jesús les dijo: “Yo les aseguro: Si no comen la carne del Hijo del hombre y no beben su sangre, no podrán tener vida en ustedes. El que come mi carne y bebe mi sangre, tiene vida eterna y yo lo resucitaré el último día.

Mi carne es verdadera comida y mi sangre es verdadera bebida. El que come mi carne y bebe mi sangre, permanece en mí y yo en él. Como el Padre, que me ha enviado, posee la vida y yo vivo por Él, así también el que me come vivirá por mí.

Éste es el pan que ha bajado del cielo; no es como el maná que comieron sus padres, pues murieron. El que come de este pan vivirá para siempre”.

Palabra del Señor. Gloria a ti, Señor Jesús.

Se dice Credo.

PLEGARIA UNIVERSAL

*Presentemos, hermanos, nuestras súplicas al Señor y pidámosle que atienda a sus hijos, según las necesidades de cada uno de ellos, respondiendo: **Te rogamos, Señor.***

- 1.** Roguemos al Señor por quienes, a causa de su enfermedad, porque están el servicio de sus hermanos o por cualquier otro motivo, no han podido venir a celebrar con nosotros el domingo; a fin de que, ya que no pueden participar de la alegría de esta celebración, no se vean privados nunca del gozo del Señor. Roguemos al Señor.
- 2.** Roguemos por los que ayudan a los pobres o hacen obras de misericordia en favor de sus hermanos, para que Dios premie abundantemente el bien que hacen, y lo que reparten a sus hermanos el Señor lo multiplique y lo convierta para ellos en premio de vida eterna. Roguemos al Señor.
- 3.** Roguemos por los que están de viaje, por los que tienen que vivir fuera de su hogar o alejados de sus familiares y amigos, para que Dios los proteja de todo peligro, los ayude en sus dificultades y les conceda retornar, sanos y salvos, a sus hogares. Roguemos al Señor.
- 4.** Roguemos finalmente por nosotros mismos, para que el Señor nos haga perseverar en la fe cristiana, nos ayude a conocer más y más el Evangelio de Cristo, fortalezca nuestra voluntad en el bien, nos guarde de todo mal y nos conceda alcanzar la vida eterna. Roguemos al Señor.

Señor Dios, que cada Domingo nos invitas como comensales y amigos a tu mesa, escucha las oraciones de tu Iglesia y fortalece su fe, para que, con valentía, proclame al mundo la esperanza en la resurrección final y la confianza de participar en el banquete festivo de tu reino. Por Jesucristo, nuestro Señor.

ORACIÓN SOBRE LAS OFRENDAS

Recibe, Señor, nuestros dones, con los que se realiza tan glorioso intercambio, para que, al ofrecerte lo que tú nos diste, merezcamos recibirte a ti mismo. Por Jesucristo, nuestro Señor.

Prefacio para los domingos del Tiempo Ordinario.

ANTÍFONA DE LA COMUNIÓN Sal 129, 7

Con el Señor viene la misericordia, y la abundancia de su redención.

ORACIÓN DESPUÉS DE LA COMUNIÓN

Unidos a Cristo por este sacramento, suplicamos humildemente, Señor, tu misericordia, para que, hechos semejantes a él aquí en la tierra, merezcamos gozar de su compañía en el cielo. Él, que vive y reina por los siglos de los siglos.

UNA REFLEXIÓN PARA NUESTRO TIEMPO.- Hay presencias ausentes que alientan nuestra existencia. Nuestros antepasados que han fallecido están en nuestro ADN y en nuestra memoria más íntima de diferentes maneras. Son los difuntos que jamás fallecen, sino que trascienden la finitud formando eso que en la fe llamamos: comunión de los santos. Quienes participamos sacramentalmente del cuerpo y la sangre de Jesucristo estamos participando de su muerte y su resurrección. Ya no quedamos arrinconados en la pura caducidad de la vida terrena. Emerge una comunión espiritual profunda entre el comulgante y el Señor que se entrega. Desde esa profunda espiritualidad podemos robustecer nuestra existencia cristiana para asumir con mayor generosidad y decisión, los compromisos que las mil necesidades de hombres y mujeres urgidos de paz, consuelo y de oportunidades de vida digna nos plantean.

BIBLIA DE NAVARRA (www.bibliadenavarra.blogspot.com)

El banquete de la sabiduría (Pr 9,1-6)

1ª lectura

La introducción al libro de los Proverbios termina con una invitación de la Sabiduría a participar del banquete que ha preparado en su casa. La comida tiene un significado simbólico: es la enseñanza de los sabios, y la asimila quien la escucha (cfr Si 24,26-29; Ez 3).

Ese alimento prefigura el verdadero Pan de Vida (cfr Jn 4,14; 6,35) que Dios entregará a los hombres, y que es el Cuerpo del Verbo Encarnado, de la Sabiduría hecha hombre. Un antiguo autor cristiano pone esas palabras en boca de Jesucristo: «Tanto a los faltos de obras de fe como a los que tienen el deseo de una vida más perfecta, dice: “Venid, comed mi cuerpo, que es el pan que os alimenta y fortalece; bebed mi sangre, que es el vino de la doctrina celestial que os deleita y os diviniza; porque he mezclado de manera admirable mi sangre con la divinidad, para vuestra salvación”» (Procopio de Gaza, *In librum Proverbiorum* 9).

Las «siete columnas» de la casa de la Sabiduría (v. 1) podrían aludir a su perfección (el siete goza del simbolismo de cifra perfecta), pero más probablemente se refieren a las siete colecciones de proverbios que se incluyen en este libro después del Prólogo (1,1-9,18): la primera de Salomón (10,1-22,16), las Máximas de los sabios (22,17-24,22), otras Máximas de los sabios (24,23-34), la segunda de Salomón (25,1-29,27), las Palabras de Agur (30,1-14), los Proverbios numéricos (30,15-33) y las Palabras de Lemuel (31,1-9). Al ser siete las colecciones presentadas, se está simbolizando la perfección de la sabiduría enseñada en el libro, que abarca tanto la propia de Israel como la de los pueblos circundantes.

Llenos del Espíritu (Ef 5,15-20)

2ª lectura

La vida nueva recibida en el Bautismo se caracteriza por la sensatez, frente a la necesidad de quienes se empeñan en vivir de espaldas a Dios (cfr 1 Co 1,18). La consecuencia inmediata es hacer

buen uso del tiempo que Dios nos da para santificarnos (v. 16) y vivir templadamente (v. 18), en alabanza a Dios (v. 19): «¡Qué cosa más estupenda que imitar en la tierra el coro de los ángeles! — exclama San Basilio—. Disponerse para la oración en las primeras horas del día, y glorificar al Creador con himnos y alabanzas. Más tarde, cuando el sol luce en lo alto, lleno de esplendor y de luz, acudir al trabajo mientras la oración nos acompaña a todas partes, condimentando las obras — por decirlo de algún modo— con la sal de las jaculatorias» (*Epistula* 2,3).

El v. 20 es semejante en su contenido a Rm 8,28. San Jerónimo lo comenta así: «En cuanto a lo que dice: *dando gracias siempre por todas las cosas*, debemos examinarlo de dos maneras: en sentido de dar gracias a Dios en todo tiempo, y por todo lo que nos sucede, de modo que no sólo ante lo que consideramos bueno, sino también ante lo que nos oprime y viene contra nuestra voluntad, prorrumpe nuestra mente en gozosa alabanza a Dios» (S. Jerónimo, *Commentarii in Ephesios* 3,5,20).

Quien come este pan vivirá eternamente (Jn 6,51-58)

Evangelio

En esta segunda parte del discurso, Cristo revela el misterio de la Eucaristía. Sus palabras son de un realismo tan fuerte que excluyen cualquier interpretación en sentido figurado. Los oyentes entienden el sentido propio y directo de las palabras de Jesús (v. 52), pero no creen que tal afirmación pueda ser verdad. De haberlo entendido en sentido figurado o simbólico no les hubiera causado tan gran extrañeza ni se hubiera producido la discusión. De aquí también nace la fe de la Iglesia en que mediante la conversión del pan y del vino en su Cuerpo y Sangre, Cristo se hace presente en este sacramento. «El Concilio de Trento resume la fe católica cuando afirma: “Porque Cristo, nuestro Redentor, dijo que lo que ofrecía bajo la especie de pan era verdaderamente su Cuerpo, se ha mantenido siempre en la Iglesia esta convicción, que declara de nuevo el Santo Concilio: por la consagración del pan y del vino se opera el cambio de toda la substancia del pan en la substancia del Cuerpo de Cristo nuestro Señor y de toda la substancia del vino en la substancia de su sangre; la Iglesia católica ha llamado justa y apropiadamente a este cambio *transubstanciación*” (DS 1642)» (*Catecismo de la Iglesia Católica*, n. 1376).

Tres veces (cfr vv. 31-32.49.58) compara Jesús el verdadero Pan de Vida, su propio Cuerpo, con el maná, con el que Dios había alimentado a los hebreos diariamente durante cuarenta años en el desierto. Así, hace una invitación a alimentar frecuentemente nuestra alma con el manjar de su Cuerpo: «De la comparación del Pan de los Ángeles con el pan y con el maná fácilmente podían los discípulos deducir que, así como el cuerpo se alimenta de pan diariamente, y cada día eran recreados los hebreos con el maná en el desierto, del mismo modo el alma cristiana podría diariamente comer y regalarse con el Pan del Cielo. A más de que casi todos los Santos Padres de la Iglesia enseñan que el “pan de cada día”, que se manda pedir en la oración dominical, no tanto se ha de entender del pan material, alimento del cuerpo, cuanto de la recepción diaria del Pan Eucarístico» (S. Pío X, *Sacra Tridentina Synodus*, 20-XII-1905).

SAN AGUSTÍN (www.iveargentina.org)

“Quien come mi carne y bebe mi sangre tiene vida eterna”

14. Discutían entre sí los judíos, diciendo: *¿Cómo puede éste darnos a comer su carne?* Altercaban, es verdad, entre sí, porque no comprendían el pan de la concordia, y es más, no querían

comerlo; pues los que comen este pan no discuten entre sí. *Somos muchos un mismo pan y un mismo cuerpo*. Por este pan hace Dios vivir en su casa de una misma y pacífica manera.

15. A la cuestión causa de litigio entre ellos, es a saber: ¿Cómo es posible que pueda darnos el Señor a comer su carne, no contesta inmediatamente, sino que aún les sigue diciendo: *En verdad, en verdad os digo que, si no coméis la carne del Hijo del hombre y no bebéis su sangre, no tendréis vida en vosotros*. No sabéis cómo se come este pan ni el modo especial de comerlo; sin embargo, *si no coméis la carne del Hijo del hombre, y si no bebéis su sangre, no tendréis vida en vosotros*. Esto, es verdad, no se lo decía a cadáveres, sino a seres vivos. Así que, para que no entendiesen que hablaba de esta vida (temporal) y siguiesen discutiendo de ella, añadió en seguida: *Quien come mi carne y bebe mi sangre, tiene la vida eterna*. Esta vida, pues, no la tiene quien no come este pan y no bebe esta sangre. Pueden, sí, tener los hombres la vida temporal sin este pan; mas es imposible que tengan la vida eterna. Luego quien no come su carne ni bebe su sangre no tiene en sí mismo la vida; pero sí quien come su carne y bebe su sangre tiene en sí mismo la vida, y a una y otra le corresponde el calificativo de eterna. No es así el alimento que tomamos para sustentar esta vida temporal. Es verdad que quien no lo come no puede vivir; pero también es verdad que no todos los que lo comen vivirán; pues sucede que muchos que no lo comen, sea por vejez, o por enfermedad, o por otro accidente cualquiera, mueren. Con este alimento y bebida, es decir, con el cuerpo y la sangre del Señor, no sucede así. Pues quien no lo toma no tiene vida, y quien lo toma tiene vida, y vida eterna. Este manjar y esta bebida significan la unidad social entre el cuerpo y sus miembros, que es la Iglesia santa, con sus predestinados, y, llamados, y justificados, y santos ya glorificados, y con los fieles. La primera de las condiciones, que es la predestinación, se realizó ya; la segunda y la tercera, que son la vocación y la justificación, se realizó ya, y se realiza y se seguirá realizando; y la cuarta y la última, que es la glorificación, ahora se realiza sólo en la esperanza y en el futuro será una realidad. El sacramento de esta realidad, es decir, de la unidad del cuerpo y de la sangre de Cristo, se prepara en el altar del Señor, en algunos lugares todos los días y en otros con algunos días de intervalo, y es comido de la mesa del Señor por unos para la vida, y por otros para la muerte. Sin embargo, la realidad misma de la que es sacramento, en todos los hombres, sea el que fuere, que participe de ella, produce la vida, en ninguno la muerte.

16. Y para que no se les ocurriese pensar que con este manjar y bebida se promete la vida eterna en el sentido de quienes lo comen no mueren ni aun siquiera corporalmente, tiene el Señor la dignación de adelantarse a este posible pensamiento. Porque después de haber dicho: *Quien come mi carne y bebe mi sangre, tiene la vida eterna*, añade inmediatamente *y Yo lo resucitaré el día postrero*. Para que, entretanto, tenga en el espíritu la vida eterna con la paz, que es la recompensa del alma de los santos; y, en cuanto al cuerpo se refiere, no se encuentre defraudado tampoco de la vida eterna, sino que la tenga en la resurrección de los muertos en el día postrero

17. Porque *mi carne, dice, es una verdadera comida, y mi sangre es una verdadera bebida*. Lo que buscan los hombres en la comida y la bebida es apagar su hambre y su sed; mas esto no lo logra en realidad de verdad sino este alimento y bebida, que a los que lo toman hace inmortales e incorruptibles, que es la sociedad misma de los santos, donde existe una paz y unidad plena y perfecta. Por esto, ciertamente (esto ya lo vieron antes que nosotros algunos hombres de Dios), nos dejó nuestro Señor Jesucristo su cuerpo y su sangre bajo realidades, que de muchas se hace una sola. Porque, en efecto, una de esas realidades se hace de muchos granos de trigo, y la otra, de muchos granos de uva.

18. Finalmente, explica cómo se hace esto que dice qué es comer su cuerpo y beber su sangre. *Quien come mi carne y bebe mi sangre, está en mí y yo en él*. Comer aquel manjar y beber aquella

bebida es lo mismo que permanecer en Cristo y tener a Jesucristo, que permanece en sí mismo. Y por eso, quien no permanece en Cristo y en quien Cristo no permanece, es indudable que no come ni bebe espiritualmente su cuerpo y su sangre, aunque materialmente y visiblemente toque con sus dientes el sacramento del cuerpo y de la sangre de Cristo; sino antes, por el contrario, come y bebe su perdición el sacramento de realidad tan augusta, ya que, impuro y todo, se atreve a acercarse a los sacramentos de Cristo, que nadie puede dignamente recibir sino los limpios, de quienes dice *Bienaventurados los limpios de corazón, porque ellos verán a Dios.*

19. *Así como mi Padre viviente, dice, me envió y yo vivo por mi Padre, así también quien me come a mí vivirá por mí.* No dice: Así como yo como a mi Padre y vivo por mi Padre, así quien me come a mí vivirá por mí. Pues el Hijo no se hace mejor por la participación de su Padre, porque es igual a Él por nacimiento; mientras que nosotros sí que nos haremos mejores participando del Hijo por la unidad de su cuerpo y sangre, que es lo que significa aquella comida y bebida. Vivimos, pues nosotros por El mismo comiéndole a Él, es decir, recibéndole a Él que es la vida eterna, que no tenemos de nosotros mismos. Vive Él por el Padre, que le ha enviado; porque se anonadó a sí mismo, hecho obediente hasta la muerte de cruz. Si tomamos estas palabras; *Vivo por el Padre*, en el mismo sentido que aquellas otras: *el Padre es mayor que yo*, podemos decir también que nosotros vivimos por Él, porque Él es mayor que nosotros. Todo esto es así por el hecho mismo de ser enviado. Su misión es, ciertamente, el anonadamiento de sí mismo y su aceptación de forma de siervo; lo cual rectamente puede así decirse, aun conservando la identidad absoluta de su naturaleza del Hijo con el Padre. El Padre es mayor que el Hijo-hombre; pero el Padre tiene un Hijo-Dios, que es igual a Él, ya que uno y el mismo es Dios y hombre, Hijo de Dios e Hijo del hombre, que es Cristo Jesús. Y en este sentido dijo (si entienden bien estas palabras): *Así como el Padre viviente me envió y yo vivo por el Padre, así quien me come vivirá para mí.* Como si dijera: La razón de que yo viva por el Padre, es decir, de que yo refiera a Él como a mayor mi vida, es mi anonadamiento en el que me envió, más la razón de que cualquiera viva por mí es la participación de mí cuando me come. Así, yo, humillado, vivo por el Padre, y aquel, ensalzado, vive por mí. Si se dijo *Vivo por el Padre* en el sentido de que Él viene del Padre y no el Padre de Él, esto se dijo sin detrimento alguno de la identidad de ambos. Pero diciendo: *Quien me come a mí, vivirá por mí*, no significa identidad entre Él y nosotros, sino que muestra sencillamente la gracia de mediador.

20. *Este es el pan que descendió del cielo*, con el fin de que, comiéndolo, tengamos vida, y que de nosotros mismos no podemos tener vida eterna. *No como comieron*, dice, *el maná vuestros padres, y murieron; el que come este pan vivirá eternamente.* Aquellas palabras, *ellos murieron*, quieren significar que no vivirán eternamente. Porque morirán en verdad temporalmente también quienes coman a Cristo; pero viven eternamente, ya que Cristo es la vida eterna.

(*Sobre el Evangelio de San Juan*. Ed. BAC, Madrid, 1968, pp. 588-593)

FRANCISCO – Catequesis sobre el sacramento de la Eucaristía, 5 y 12 de febrero de 2014

«Es el memorial de la Pascua de Jesús, el misterio central de la salvación»

5 de febrero de 2014

Queridos hermanos y hermanas, ¡buenos días!

Hoy os hablaré de la Eucaristía. La Eucaristía se sitúa en el corazón de la «iniciación cristiana», juntamente con el Bautismo y la Confirmación, y constituye la fuente de la vida misma de

la Iglesia. De este sacramento del amor, en efecto, brota todo auténtico camino de fe, de comunión y de testimonio.

Lo que vemos cuando nos reunimos para celebrar la Eucaristía, la misa, nos hace ya intuir lo que estamos por vivir. En el centro del espacio destinado a la celebración se encuentra el altar, que es una mesa, cubierta por un mantel, y esto nos hace pensar en un banquete. Sobre la mesa hay una cruz, que indica que sobre ese altar se ofrece el sacrificio de Cristo: es Él el alimento espiritual que allí se recibe, bajo los signos del pan y del vino. Junto a la mesa está el ambón, es decir, el lugar desde el que se proclama la Palabra de Dios: y esto indica que allí se reúnen para escuchar al Señor que habla mediante las Sagradas Escrituras, y, por lo tanto, el alimento que se recibe es también su Palabra.

Palabra y pan en la misa se convierten en una sola cosa, como en la Última Cena, cuando todas las palabras de Jesús, todos los signos que realizó, se condensaron en el gesto de partir el pan y ofrecer el cáliz, anticipo del sacrificio de la cruz, y en aquellas palabras: «Tomad, comed, éste es mi cuerpo... Tomad, bebed, ésta es mi sangre».

El gesto de Jesús realizado en la Última Cena es la gran acción de gracias al Padre por su amor, por su misericordia. «Acción de gracias» en griego se dice «eucaristía». Y por ello el sacramento se llama Eucaristía: es la suprema acción de gracias al Padre, que nos ha amado tanto que nos dio a su Hijo por amor. He aquí por qué el término Eucaristía resume todo ese gesto, que es gesto de Dios y del hombre juntamente, gesto de Jesucristo, verdadero Dios y verdadero hombre.

Por lo tanto, la celebración eucarística es mucho más que un simple banquete: es precisamente el memorial de la Pascua de Jesús, el misterio central de la salvación. «Memorial» no significa sólo un recuerdo, un simple recuerdo, sino que quiere decir que cada vez que celebramos este sacramento participamos en el misterio de la pasión, muerte y resurrección de Cristo. La Eucaristía constituye la cumbre de la acción de salvación de Dios: el Señor Jesús, haciéndose pan partido por nosotros, vuelca, en efecto, sobre nosotros toda su misericordia y su amor, de tal modo que renueva nuestro corazón, nuestra existencia y nuestro modo de relacionarnos con Él y con los hermanos. Es por ello que comúnmente, cuando nos acercamos a este sacramento, decimos «recibir la Comunión», «comulgar»: esto significa que en el poder del Espíritu Santo, la participación en la mesa eucarística nos conforma de modo único y profundo a Cristo, haciéndonos pregonar ya ahora la plena comunión con el Padre que caracterizará el banquete celestial, donde con todos los santos tendremos la alegría de contemplar a Dios cara a cara.

Queridos amigos, no agradeceremos nunca bastante al Señor por el don que nos ha hecho con la Eucaristía. Es un don tan grande y, por ello, es tan importante ir a misa el domingo. Ir a misa no sólo para rezar, sino para recibir la Comunión, este pan que es el cuerpo de Jesucristo que nos salva, nos perdona, nos une al Padre. ¡Es hermoso hacer esto! Y todos los domingos vamos a misa, porque es precisamente el día de la resurrección del Señor. Por ello el domingo es tan importante para nosotros. Y con la Eucaristía sentimos precisamente esta pertenencia a la Iglesia, al Pueblo de Dios, al Cuerpo de Dios, a Jesucristo. No acabaremos nunca de entender todo su valor y riqueza. Pidámosle, entonces, que este sacramento siga manteniendo viva su presencia en la Iglesia y que plasme nuestras comunidades en la caridad y en la comunión, según el corazón del Padre. Y esto se hace durante toda la vida, pero se comienza a hacerlo el día de la primera Comunión. Es importante que los niños se preparen bien para la primera Comunión y que cada niño la reciba, porque es el primer paso de esta pertenencia fuerte a Jesucristo, después del Bautismo y la Confirmación.

«A través de la Eucaristía Cristo quiere entrar en nuestra existencia e impregnarla con su gracia»

12 de febrero de 2014

Queridos hermanos y hermanas, ¡buenos días!

En la última catequesis destacué cómo la Eucaristía nos introduce en la comunión real con Jesús y su misterio. Ahora podemos plantearnos algunas preguntas respecto a la relación entre la Eucaristía que celebramos y nuestra vida, como Iglesia y como cristianos. *¿Cómo vivimos la Eucaristía?* Cuando vamos a misa el domingo, ¿cómo la vivimos? ¿Es sólo un momento de fiesta, es una tradición consolidada, es una ocasión para encontrarnos o para sentirnos bien, o es algo más?

Hay indicadores muy concretos para comprender cómo vivimos todo esto, cómo vivimos la Eucaristía; indicadores que nos dicen si vivimos bien la Eucaristía o no la vivimos tan bien. El primer indicio es nuestro *modo de mirar y considerar a los demás*. En la Eucaristía Cristo vive siempre de nuevo el don de sí realizado en la Cruz. Toda su vida es un acto de total entrega de sí por amor; por ello, a Él le gustaba estar con los discípulos y con las personas que tenía ocasión de conocer. Esto significaba para Él compartir sus deseos, sus problemas, lo que agitaba su alma y su vida. Ahora, nosotros, cuando participamos en la santa misa, nos encontramos con hombres y mujeres de todo tipo: jóvenes, ancianos, niños; pobres y acomodados; originarios del lugar y extranjeros; acompañados por familiares y solos... ¿Pero la Eucaristía que celebro, me lleva a sentirles a todos, verdaderamente, como hermanos y hermanas? ¿Hace crecer en mí la capacidad de alegrarme con quien se alegra y de llorar con quien llora? ¿Me impulsa a ir hacia los pobres, los enfermos, los marginados? ¿Me ayuda a reconocer en ellos el rostro de Jesús? Todos nosotros vamos a misa porque amamos a Jesús y queremos compartir, en la Eucaristía, su pasión y su resurrección. ¿Pero amamos, como quiere Jesús, a aquellos hermanos y hermanas más necesitados? Por ejemplo, en Roma en estos días hemos visto muchos malestares sociales o por la lluvia, que causó numerosos daños en barrios enteros, o por la falta de trabajo, consecuencia de la crisis económica en todo el mundo. Me pregunto, y cada uno de nosotros se pregunte: Yo, que voy a misa, ¿cómo vivo esto? ¿Me preocupo por ayudar, acercarme, rezar por quienes tienen este problema? ¿O bien, soy un poco indiferente? ¿O tal vez me preocupo de murmurar: Has visto cómo está vestida aquella, o cómo está vestido aquél? A veces se hace esto después de la misa, y no se debe hacer. Debemos preocuparnos de nuestros hermanos y de nuestras hermanas que pasan necesidad por una enfermedad, por un problema. Hoy, nos hará bien pensar en estos hermanos y hermanas nuestros que tienen estos problemas aquí en Roma: problemas por la tragedia provocada por la lluvia y problemas sociales y del trabajo. Pidamos a Jesús, a quien recibimos en la Eucaristía, que nos ayude a ayudarles.

Un segundo indicio, muy importante, es la gracia de *sentirse perdonados y dispuestos a perdonar*. A veces alguien pregunta: «¿Por qué se debe ir a la iglesia, si quien participa habitualmente en la santa misa es pecador como los demás?». ¡Cuántas veces lo hemos escuchado! En realidad, quien celebra la Eucaristía no lo hace porque se considera o quiere aparentar ser mejor que los demás, sino precisamente porque se reconoce siempre necesitado de ser acogido y regenerado por la misericordia de Dios, hecha carne en Jesucristo. Si cada uno de nosotros no se siente necesitado de la misericordia de Dios, no se siente pecador, es mejor que no vaya a misa. Nosotros vamos a misa porque somos pecadores y queremos recibir el perdón de Dios, participar en la redención de Jesús, en su perdón. El «yo confieso» que decimos al inicio no es un «*pro forma*», es un auténtico acto de penitencia. Yo soy pecador y lo confieso, así empieza la misa. No debemos olvidar nunca que la Última Cena de Jesús tuvo lugar «en la noche en que iba a ser entregado» (*1 Cor 11, 23*). En ese pan y en ese vino que ofrecemos y en torno a los cuales nos reunimos se renueva

cada vez el don del cuerpo y de la sangre de Cristo para la remisión de nuestros pecados. Debemos ir a misa humildemente, como pecadores, y el Señor nos reconcilia.

Un último indicio precioso nos ofrece la relación entre la celebración eucarística y *la vida de nuestras comunidades cristianas*. Es necesario tener siempre presente que la Eucaristía no es algo que hacemos nosotros; no es una conmemoración nuestra de lo que Jesús dijo e hizo. No. Es precisamente una acción de Cristo. Es Cristo quien actúa allí, que está en el altar. Es un don de Cristo, quien se hace presente y nos reúne en torno a sí, para nutrirnos con su Palabra y su vida. Esto significa que la misión y la identidad misma de la Iglesia brotan de allí, de la Eucaristía, y allí siempre toman forma. Una celebración puede resultar incluso impecable desde el punto de vista exterior, bellísima, pero si no nos conduce al encuentro con Jesucristo, corre el riesgo de no traer ningún sustento a nuestro corazón y a nuestra vida. A través de la Eucaristía, en cambio, Cristo quiere entrar en nuestra existencia e impregnarla con su gracia, de tal modo que en cada comunidad cristiana exista esta coherencia entre liturgia y vida.

El corazón se llena de confianza y esperanza pensando en las palabras de Jesús citadas en el Evangelio: «El que come mi carne y bebe mi sangre tiene vida eterna, y yo lo resucitaré en el último día» (*Jn 6, 54*). Vivamos la Eucaristía con espíritu de fe, de oración, de perdón, de penitencia, de alegría comunitaria, de atención hacia los necesitados y hacia las necesidades de tantos hermanos y hermanas, con la certeza de que el Señor cumplirá lo que nos ha prometido: la vida eterna. Que así sea.

BENEDICTO XVI – Ángelus 2009 y 2012

2009

Como a María, Dios nos pide que pongamos a disposición de Jesús nuestra existencia

Queridos hermanos y hermanas:

Ayer celebramos la gran fiesta de la Asunción de María al cielo, y hoy leemos en el Evangelio estas palabras de Jesús: “Yo soy el pan vivo, bajado del cielo” (*Jn 6, 51*). No se puede permanecer indiferente ante esta correspondencia que gira alrededor del símbolo del “cielo”: María fue “elevada” al lugar del que su Hijo había “bajado”. Naturalmente este lenguaje, que es bíblico, expresa en términos figurados algo que jamás se inserta completamente en el mundo de nuestros conceptos y de nuestras imágenes. Pero detengámonos un momento a reflexionar.

Jesús se presenta como el “pan vivo”, esto es, el alimento que contiene la vida misma de Dios y es capaz de comunicarla a quien come de él, el verdadero alimento que da la vida, que nutre realmente en profundidad. Jesús dice: “El que coma de este pan vivirá para siempre y el pan que yo daré es mi carne para la vida del mundo” (*Jn 6, 51*). Pues bien, ¿de quién tomó el Hijo de Dios esta “carne” suya, su humanidad concreta y terrena? La tomó de la Virgen María. Dios asumió de ella el cuerpo humano para entrar en nuestra condición mortal. A su vez, al final de la existencia terrena, el cuerpo de la Virgen fue elevado al cielo por parte de Dios e introducido en la condición celestial. Es una especie de intercambio en el que Dios tiene siempre la iniciativa plena, pero, como hemos visto en otras ocasiones, en cierto sentido necesita también de María, del “sí” de la criatura, de su carne, de su existencia concreta, para preparar la materia de su sacrificio: el cuerpo y la sangre que va a ofrecer en la cruz como instrumento de vida eterna y en el sacramento de la Eucaristía como alimento y bebida espirituales.

Queridos hermanos y hermanas, lo que sucedió en María vale, de otras maneras, pero realmente, también para cada hombre y cada mujer, porque a cada uno de nosotros Dios nos pide que lo acojamos, que pongamos a su disposición nuestro corazón y nuestro cuerpo, toda nuestra existencia, nuestra carne —dice la Biblia—, para que él pueda habitar en el mundo. Nos llama a unirnos a él en el sacramento de la Eucaristía, Pan partido para la vida del mundo, para formar juntos la Iglesia, su Cuerpo histórico. Y si nosotros decimos sí, como María, es más, en la medida misma de este “sí” nuestro, sucede también para nosotros y en nosotros este misterioso intercambio: somos asumidos en la divinidad de Aquel que asumió nuestra humanidad.

La Eucaristía es el medio, el instrumento de esta transformación recíproca, que tiene siempre a Dios como fin y como actor principal: él es la Cabeza y nosotros los miembros, él es la Vid y nosotros los sarmientos. Quien come de este Pan y vive en comunión con Jesús dejándose transformar por él y en él, está salvado de la muerte eterna: ciertamente muere como todos, participando también en el misterio de la pasión y de la cruz de Cristo, pero ya no es esclavo de la muerte, y resucitará en el último día para gozar de la fiesta eterna con María y con todos los santos.

Este misterio, esta fiesta de Dios, comienza aquí abajo: es misterio de fe, de esperanza y de amor, que se celebra en la vida y en la liturgia, especialmente eucarística, y se expresa en la comunión fraterna y en el servicio al prójimo. Roguemos a la santísima Virgen que nos ayude a alimentarnos siempre con fe del Pan de vida eterna para experimentar ya en la tierra la gloria del cielo.

2012

Jesús no era un mesías que aspirase a un trono terrenal

Queridos hermanos y hermanas:

El Evangelio de este domingo (cf. *Jn* 6, 51-58) es la parte final y culminante del discurso pronunciado por Jesús en la sinagoga de Cafarnaúm, después de que el día anterior había dado de comer a miles de personas con sólo cinco panes y dos peces. Jesús revela el significado de ese milagro, es decir, que el tiempo de las promesas ha concluido: Dios Padre, que con el maná había alimentado a los israelitas en el desierto, ahora lo envió a él, el Hijo, como verdadero Pan de vida, y este pan es su carne, su vida, ofrecida en sacrificio por nosotros. Se trata, por lo tanto, de acogerlo con fe, sin escandalizarse de su humanidad; y se trata de «comer su carne y beber su sangre» (cf. *Jn* 6, 54), para tener en sí mismos la plenitud de la vida. Es evidente que este discurso no está hecho para atraer consensos. Jesús lo sabe y lo pronuncia intencionalmente; de hecho, aquel fue un momento crítico, un viraje en su misión pública. La gente, y los propios discípulos, estaban entusiasmados con él cuando realizaba señales milagrosas; y también la multiplicación de los panes y de los peces fue una clara revelación de que él era el Mesías, hasta el punto de que inmediatamente después la multitud quiso llevar en triunfo a Jesús y proclamarlo rey de Israel. Pero esta no era la voluntad de Jesús, quien precisamente con ese largo discurso frena los entusiasmos y provoca muchos desacuerdos. De hecho, explicando la imagen del pan, afirma que ha sido enviado para ofrecer su propia vida, y que los que quieran seguirlo deben unirse a él de modo personal y profundo, participando en su sacrificio de amor. Por eso Jesús instituirá en la última Cena el sacramento de la Eucaristía: para que sus discípulos puedan tener en sí mismos su caridad —esto es decisivo— y, como un único cuerpo unido a él, prolongar en el mundo su misterio de salvación.

Al escuchar este discurso la gente comprendió que Jesús no era un Mesías, como ellos querían, que aspirase a un trono terrenal. No buscaba consensos para conquistar Jerusalén; más bien,

quería ir a la ciudad santa para compartir el destino de los profetas: dar la vida por Dios y por el pueblo. Aquellos panes, partidos para miles de personas, no querían provocar una marcha triunfal, sino anunciar el sacrificio de la cruz, en el que Jesús se convierte en Pan, en cuerpo y sangre ofrecidos en expiación. Así pues, Jesús pronunció ese discurso para desengañar a la multitud y, sobre todo, para provocar una decisión en sus discípulos. De hecho, muchos de ellos, desde entonces, ya no lo siguieron.

Queridos amigos, dejémonos sorprender nuevamente también nosotros por las palabras de Cristo: él, grano de trigo arrojado en los surcos de la historia, es la primicia de la nueva humanidad, liberada de la corrupción del pecado y de la muerte. Y redescubramos la belleza del sacramento de la Eucaristía, que expresa toda la humildad y la santidad de Dios: el hacerse pequeño, Dios se hace pequeño, fragmento del universo para reconciliar a todos en su amor. Que la Virgen María, que dio al mundo el Pan de la vida, nos enseñe a vivir siempre en profunda unión con él.

DIRECTORIO HOMILÉTICO – Congregación para el Culto Divino

CATECISMO DE LA IGLESIA CATÓLICA

La Eucaristía: “anticipación de la gloria futura”

1402 En una antigua oración, la Iglesia aclama el misterio de la Eucaristía: “O sacrum convivium in quo Christus sumitur. Recolitur memoria passionis eius; mens impletur gratia et futurae gloriae nobis pignus datur” (“¡Oh sagrado banquete, en que Cristo es nuestra comida; se celebra el memorial de su pasión; el alma se llena de gracia, y se nos da la prenda de la gloria futura!”). Si la Eucaristía es el memorial de la Pascua del Señor y si por nuestra comunión en el altar somos colmados “de toda bendición celestial y gracia” (MR, Canon Romano 96: “Supplices te rogamus”), la Eucaristía es también la anticipación de la gloria celestial.

1403 En la última cena, el Señor mismo atrajo la atención de sus discípulos hacia el cumplimiento de la Pascua en el reino de Dios: “Y os digo que desde ahora no beberé de este fruto de la vid hasta el día en que lo beba con vosotros, de nuevo, en el Reino de mi Padre” (Mt 26,29; cf. Lc 22,18; Mc 14,25). Cada vez que la Iglesia celebra la Eucaristía recuerda esta promesa y su mirada se dirige hacia “el que viene” (Ap 1,4). En su oración, implora su venida: “Maran atha” (1 Co 16,22), “Ven, Señor Jesús” (Ap 22,20), “que tu gracia venga y que este mundo pase” (Didaché 10,6).

1404 La Iglesia sabe que, ya ahora, el Señor viene en su Eucaristía y que está ahí en medio de nosotros. Sin embargo, esta presencia está velada. Por eso celebramos la Eucaristía “expectantes beatam spem et adventum Salvatoris nostri Jesu Christi” (“Mientras esperamos la gloriosa venida de Nuestro Salvador Jesucristo”, Embolismo después del Padre Nuestro; cf. Tt 2,13), pidiendo entrar “en tu reino, donde esperamos gozar todos juntos de la plenitud eterna de tu gloria; allí enjugarás las lágrimas de nuestros ojos, porque, al contemplarte como tú eres, Dios nuestro, seremos para siempre semejantes a ti y cantaremos eternamente tus alabanzas, por Cristo, Señor Nuestro” (MR, Plegaria Eucarística 3, 128: oración por los difuntos).

1405 De esta gran esperanza, la de los cielos nuevos y la tierra nueva en los que habitará la justicia (cf. 2 P 3,13), no tenemos prenda más segura, signo más manifiesto que la Eucaristía. En efecto, cada vez que se celebra este misterio, “se realiza la obra de nuestra redención” (LG 3) y “partimos un mismo pan que es remedio de inmortalidad, antídoto para no morir, sino para vivir en Jesucristo para siempre” (S. Ignacio de Antioquía, Eph 20,2).

La Eucaristía, nuestro pan cotidiano

2828 “Danos”: es hermosa la confianza de los hijos que esperan todo de su Padre. “Hace salir su sol sobre malos y buenos, y llover sobre justos e injustos” (Mt 5, 45) y da a todos los vivientes “a su tiempo su alimento” (Sal 104, 27). Jesús nos enseña esta petición; con ella se glorifica, en efecto, a nuestro Padre reconociendo hasta qué punto es Bueno más allá de toda bondad.

2829 Además, “danos” es la expresión de la Alianza: nosotros somos de Él y él de nosotros, para nosotros. Pero este “nosotros” lo reconoce también como Padre de todos los hombres, y nosotros le pedimos por todos ellos, en solidaridad con sus necesidades y sus sufrimientos.

2830 “Nuestro pan”. El Padre que nos da la vida no puede dejar de darnos el alimento necesario para ella, todos los bienes convenientes, materiales y espirituales. En el Sermón de la montaña, Jesús insiste en esta confianza filial que coopera con la Providencia de nuestro Padre (cf Mt 6, 25-34). No nos impone ninguna pasividad (cf 2 Ts 3, 6-13) sino que quiere librarnos de toda inquietud agobiante y de toda preocupación. Así es el abandono filial de los hijos de Dios:

A los que buscan el Reino y la justicia de Dios, él les promete darles todo por añadidura. Todo en efecto pertenece a Dios: al que posee a Dios, nada le falta, si él mismo no falta a Dios. (S. Cipriano, Dom. orat. 21).

2831 Pero la existencia de hombres que padecen hambre por falta de pan revela otra hondura de esta petición. El drama del hambre en el mundo, llama a los cristianos que oran en verdad a una responsabilidad efectiva hacia sus hermanos, tanto en sus conductas personales como en su solidaridad con la familia humana. Esta petición de la Oración del Señor no puede ser aislada de las parábolas del pobre Lázaro (cf Lc 16, 19-31) y del juicio final (cf Mt 25, 31-46).

2832 Como la levadura en la masa, la novedad del Reino debe fermentar la tierra con el Espíritu de Cristo (cf AA 5). Debe manifestarse por la instauración de la justicia en las relaciones personales y sociales, económicas e internacionales, sin olvidar jamás que no hay estructura justa sin seres humanos que quieran ser justos.

2833 Se trata de “nuestro” pan, “uno” para “muchos”: La pobreza de las Bienaventuranzas entraña compartir los bienes: invita a comunicar y compartir bienes materiales y espirituales, no por la fuerza sino por amor, para que la abundancia de unos remedie las necesidades de otros (cf 2 Co 8, 1-15).

2834 “Ora et labora” (cf. San Benito, reg. 20; 48). “Orad como si todo dependiese de Dios y trabajad como si todo dependiese de vosotros”. Después de realizado nuestro trabajo, el alimento continúa siendo don de nuestro Padre; es bueno pedirselo, dándole gracias por él. Este es el sentido de la bendición de la mesa en una familia cristiana.

2835 Esta petición y la responsabilidad que implica sirven además para otra clase de hambre de la que desfallecen los hombres: “No sólo de pan vive el hombre, sino que el hombre vive de todo lo que sale de la boca de Dios” (Dt 8, 3; Mt 4, 4), es decir, de su Palabra y de su Espíritu. Los cristianos deben movilizar todos sus esfuerzos para “anunciar el Evangelio a los pobres”. Hay hambre sobre la tierra, “mas no hambre de pan, ni sed de agua, sino de oír la Palabra de Dios” (Am 8, 11). Por eso, el sentido específicamente cristiano de esta cuarta petición se refiere al Pan de Vida: la Palabra de Dios que se tiene que acoger en la fe, el Cuerpo de Cristo recibido en la Eucaristía (cf Jn 6, 26-58).

2836 “Hoy” es también una expresión de confianza. El Señor nos lo enseña (cf Mt 6, 34; Ex 16, 19); no hubiéramos podido inventarlo. Como se trata sobre todo de su Palabra y del Cuerpo de su Hijo, este “hoy” no es solamente el de nuestro tiempo mortal: es el Hoy de Dios:

Si recibes el pan cada día, cada día para ti es hoy. Si Jesucristo es para ti hoy, todos los días resucita para ti. ¿Cómo es eso? 'Tú eres mi Hijo; yo te he engendrado hoy' (Sal 2, 7). Hoy, es decir, cuando Cristo resucita (San Ambrosio, sacr. 5, 26).

2837 “De cada día”. La palabra griega, “epiousios”, no tiene otro sentido en el Nuevo Testamento. Tomada en un sentido temporal, es una repetición pedagógica de “hoy” (cf Ex 16, 19-21) para confirmarnos en una confianza “sin reserva”. Tomada en un sentido cualitativo, significa lo necesario a la vida, y más ampliamente cualquier bien suficiente para la subsistencia (cf 1 Tm 6, 8). Tomada al pie de la letra [epiousios: “lo más esencial”], designa directamente el Pan de Vida, el Cuerpo de Cristo, “remedio de inmortalidad” (San Ignacio de Antioquía) sin el cual no tenemos la Vida en nosotros (cf Jn 6, 53-56) Finalmente, ligado a lo que precede, el sentido celestial es claro: este “día” es el del Señor, el del Festín del Reino, anticipado en la Eucaristía, en que pregustamos el Reino venidero. Por eso conviene que la liturgia eucarística se celebre “cada día”.

La Eucaristía es nuestro pan cotidiano. La virtud propia de este divino alimento es una fuerza de unión: nos une al Cuerpo del Salvador y hace de nosotros sus miembros para que vengamos a ser lo que recibimos... Este pan cotidiano se encuentra, además, en las lecturas que oís cada día en la Iglesia, en los himnos que se cantan y que vosotros cantáis. Todo eso es necesario en nuestra peregrinación (San Agustín, serm. 57, 7, 7).

El Padre del cielo nos exhorta a pedir como hijos del cielo el Pan del cielo (cf Jn 6, 51). Cristo “mismo es el pan que, sembrado en la Virgen, florecido en la Carne, amasado en la Pasión, cocido en el Horno del sepulcro, reservado en la Iglesia, llevado a los altares, suministra cada día a los fieles un alimento celestial” (San Pedro Crisólogo, serm. 71)

El escándalo

1336 El primer anuncio de la Eucaristía dividió a los discípulos, igual que el anuncio de la pasión los escandalizó: “Es duro este lenguaje, ¿quién puede escucharlo?” (Jn 6,60). La Eucaristía y la cruz son piedras de tropiezo. Es el mismo misterio, y no cesa de ser ocasión de división. “¿También vosotros queréis marcharos?” (Jn 6,67): esta pregunta del Señor, resuena a través de las edades, invitación de su amor a descubrir que sólo él tiene “palabras de vida eterna” (Jn 6,68), y que acoger en la fe el don de su Eucaristía es acogerlo a él mismo.

RANIERO CANTALAMESSA (www.cantalamessa.org)

Mi sangre es verdadera bebida

Veamos, de inmediato, en el fragmento evangélico de este Domingo cuál es el paso hacia adelante respecto al resto del discurso de Jesús sobre el pan de vida (volvamos a pensar en la imagen de la espiral y de la escalera de caracol). Ello está contenido en estas palabras de Cristo:

«Os aseguro que si no coméis la carne del Hijo del hombre y no bebéis su sangre, no tenéis vida en vosotros. El que come mi carne y bebe mi sangre tiene vida eterna, y yo lo resucitaré en el último día. Mi carne es verdadera comida, y mi sangre es verdadera bebida. El que come mi carne y bebe mi sangre habita en mí y yo en él».

El elemento nuevo es que al discurso sobre el pan se le añade el vino; a la imagen de la comida, la de la bebida; al don de su carne, el de su sangre. El simbolismo eucarístico alcanza su cumbre y su plenitud.

Antes hemos insistido sobre la Eucaristía como pan de vida; así es justo que dediquemos hoy nuestra atención a la sangre de Cristo. El hecho de recibir sólo la hostia y no, asimismo, el cáliz, ha hecho, sí, que la Eucaristía sea vista por la gente casi sólo como el sacramento del cuerpo de Cristo, el «Corpus Christi». Pero, la Eucaristía es con el mismo título el sacramento igualmente de la sangre de Cristo. Es un banquete y en todo banquete no se come solamente sino que se come y se bebe.

¿Por qué Jesús ha querido darnos no sólo su cuerpo, sino también su sangre mediante el signo del vino? ¿Qué representa la sangre? Para nosotros, hoy, la sangre no es más que una parte, junto a otras, de nuestro cuerpo. Pero, en la mentalidad de la Biblia es otra cosa. La sangre estaba considerada como la sede de la vida. Por esto, también hoy, los hebreos no pueden comer las carnes de animales sofocados, esto es, que tienen su sangre dentro. Comer la sangre sería como comer la vida, que es sagrada y pertenece sólo a Dios. Si, por lo tanto, la sangre es la sede de la vida, entonces el derramamiento de sangre es el signo plástico de la muerte. Dándonos su sangre, Jesús nos da su muerte con todo lo que ella nos ha procurado: la remisión de los pecados, el don del Espíritu. Decir que la Eucaristía es el sacramento «del cuerpo y de la sangre de Cristo» significa decir que es el sacramento de su vida y de su muerte. Nosotros sabemos qué significa decirle a alguno: «¡Me cuestas la sangre!»

De nuevo, la Eucaristía revela su extraordinaria cercanía con toda la existencia humana, sagrada y profana. La sangre de Cristo no es sólo lo que ha sido derramado sobre la tierra. Sangre es una palabra, que cada día tiñe de rojo las páginas de nuestros periódicos y también ahora visiblemente las imágenes, que la televisión nos transmite, de los campos de batalla, de las guerrillas, de los atentados, de los accidentes de carretera. Dice la Biblia que «se oye la sangre de tu hermano clamar a mí desde el suelo» (Génesis 4, 10). Este grito se ha acrecentado durante los siglos hasta llegar a ser un coro o un aullido inmenso. La sangre es el símbolo más fuerte de todo el dolor, que hay en la tierra. Si, por lo tanto, con el signo del pan llega sobre el altar el trabajo del hombre, con el signo del vino y de la sangre se nos descubre todo su sufrimiento. Nos llega para ser rescatada, iluminada por la esperanza y por el perdón.

Me encanta en esta ocasión dedicar un pensamiento particular a los donantes de sangre y a todos los que trabajan en este sector. ¡Qué espléndido modo de imitar a la Eucaristía! Ningún gesto solicita más de cerca al de Cristo que ofrecer el propio brazo para que otro pueda continuar viviendo. El donante de sangre podría hacer suyas las palabras de Cristo y decir: «Tomad, porque éste es el cáliz de mi sangre derramada por vosotros». Otras personas a recordar, en este momento, son los donantes de órganos. Igualmente de éste, ¡qué gesto eucarístico!, Jesús dice que «quien quiera salvar su vida, la perderá; pero, quien pierda su vida por mí, la encontrará» (Matea 16,25). De igual forma, de estas personas se puede decir algo semejante: muriendo, ellos permiten vivir a otros. Entre otras cosas, sabemos cuánto hay aún que hacer para animar a la gente a abrirse a este gesto altamente humano y cristiano de la donación de órganos con ocasión de la muerte imprevista de alguna persona querida, cuando las circunstancias lo permiten.

Pero, el discurso sobre la sangre no termina aquí: ¿por qué Jesús ha querido ocultar su sangre precisamente en el signo del vino? ¿Sólo por la afinidad del color? Hemos visto, hablando del pan, que en la Eucaristía es esencial partir del significado de los signos, porque es esto lo que viene encumbrado y consagrado. Ahora bien, ¿qué representa el vino para los hombres? Representa la alegría, la fiesta; no representa tanto lo útil (como el pan) cuanto lo deleitable. No está hecho sólo para beber, sino también para brindar. Jesús multiplica los panes por la necesidad de la gente; pero, en Caná de Galilea multiplica el vino para la alegría de los comensales. La Escritura dice que «Él saca pan de los campos, y vino que le alegra el corazón» (Salmo 104, 15). «El vino representa, en la

vida, la poesía y el color; es como la danza respecto al simple caminar o el jugar respecto al trabajar» (L. Alonso Schokel).

Si Jesús hubiese escogido para la Eucaristía pan y agua habría indicado sólo la santificación del sufrimiento («pan y agua» son, en efecto, sinónimo de ayuno, de austeridad y de penitencia). Escogiendo pan y vino ha querido indicar, asimismo, la santificación de la alegría. El vino nuevo, a lo largo de toda la Biblia, es en efecto el símbolo del banquete mesiánico.

Pero, ¿cómo es posible que el mismo signo represente, en cuanto sangre, el sufrimiento y, en cuanto vino, la alegría? ¿No se excluyen entre sí ambas cosas? No, si pensamos en el sacrificio hecho por amor, como fue el de Cristo. El vino, que la Biblia llama frecuentemente «la sangre de la uva», recuerda la misteriosa relación que existe en la experiencia humana entre el amor y el sacrificio. «No se vive el amor sin el dolor» dice la Imitación de Cristo. ¡La llegada del primer niño cuántos sacrificios conlleva para los jóvenes esposos; pero, también, cuánta alegría! ¡El vino eucarístico representa la alegría del sacrificio!

La Eucaristía revela así también no obstante una vez, su extraordinaria situación en la vida. La constitución sobre la Iglesia en el mundo, *Gaudium et spes* del Vaticano II, comienza diciendo: «Los gozos y las esperanzas, las tristezas y las angustias de los hombres de nuestro tiempo, sobre todo de los pobres y de cuantos sufren, son a la vez gozos y esperanzas, tristezas y angustias de los discípulos de Cristo. Nada hay verdaderamente humano que no encuentre eco en su corazón» (n. 1). No hay nada, podemos añadir, que no encuentre un eco en la Eucaristía. En ella, al mismo tiempo, vienen encerrados y ofrecidos a Dios todo el dolor y toda la alegría de la humanidad.

Si yo debiera escoger sobre cuál de estas dos cosas insistir más no dudaría en decir: sobre la alegría. Quizás, porque nosotros, los hombres, encontramos muy natural dirigirnos a Dios en el dolor: es más, muchos no se dirigen a Dios sino cuando son visitados por alguna desgracia y tienen necesidad de él. Las alegrías, por el contrario, preferimos gozarlas solos, a escondidas, casi sin saberlo Dios (¡debiera venirnos a la mente que ya hemos tenido nuestra parte de felicidad y estamos dispuestos a volver al dolor!). Cuando recibimos alguna alegría en la vida, a veces, nos comportamos como el perro, que ha recibido un hueso de su amo y, de inmediato, le da la espalda y se va a deleitárselo aparte por miedo a que se lo quiten.

Y, sin embargo, qué hermoso sería si aprendiésemos a vivir de igual forma eucarísticamente las alegrías de la vida, esto es, con acción de gracias a Dios. La presencia y la mirada de Dios no falsifican nuestras alegrías honestas; al contrario, las amplifican. Con él, las pequeñas alegrías llegan a ser un incentivo para aspirar a la alegría incomparable, que tiene preparada para los suyos. Un día, un santo oriental, san Simeón el Nuevo Teólogo, experimentó una alegría tan fuerte, hasta llegar a creer que había alcanzado la cima, y exclamó: «Si el paraíso no es más que esto, ¡me basta!» Una vez, sin embargo, se le dijo: «Eres bastante mezquino si te contentas con esto. Tu alegría presente respecto a la futura es como un cielo pintado sobre papel en comparación con el verdadero cielo».

Todo esto nos recuerda, en la Eucaristía, el signo del vino, que ¡llega a ser sangre de Cristo! Cada vez que fuera posible debiéramos acercarnos con alegría y reconocimiento a la comunión bajo las dos especies. Esto está permitido después del Concilio y en el nuevo Misal Romano en distintas circunstancias, en las que algunos pueden acceder a la comunión asimismo con la sangre de Cristo: a los niños en la primera comunión, a los esposos el día de la boda y en el aniversario del matrimonio, durante los retiros, cuando se participa en una Misa particular. Personalmente, deseo que estas ocasiones sucedan aún más habitualmente.

Pero, del mismo modo, cuando no podamos recibirla nosotros, podemos siempre completar y adorar la sangre de Cristo, presente en el altar, especialmente en el momento de la elevación del cáliz. No olvidemos, por lo demás, que, según la doctrina católica, recibiendo el cuerpo de Cristo, recibimos también su sangre. En efecto, en la hostia está presente «el cuerpo, la sangre, el alma y la divinidad de nuestro Señor Jesucristo». La Escritura dice: «¡Cuánto más la sangre de Cristo... purificará de las obras muertas nuestra conciencia para rendir culto al Dios vivo!» (Hebreos 9,14).

Es el único «disolvente» capaz de diluir todo sedimento de mal y anexión de pecado en nosotros y fuera de nosotros. El pelícano ha llegado a ser símbolo de la Eucaristía, porque se creía que esta ave, cuando ya no tiene nada que dar a sus polluelos, se abre una herida en el costado con el pico y los nutre con su sangre. De aquí la preciosa oración del Adoro te devote, que queremos recitar juntos como conclusión de nuestra reflexión:

«Oh piadoso pelícano, Señor Jesús, / a mí, inmundo, límpiame con tu sangre: / con una sola gota de ella / todo el mundo puede / salvarse de la culpa».

FLUVIUM (www.fluvium.org)

El Alimento para esa vida eterna

Considerábamos hace poco que Dios nos creó para una vida de relación íntima con las tres personas divinas. Esta vocación es lo verdaderamente propio del hombre, lo que tienen los hombres de peculiar y los caracteriza y eleva sobre el resto de la creación de este mundo.

Conducidos maternalmente por la Iglesia, al paso de las sucesivas celebraciones litúrgicas, vamos reflexionando sobre esta vida, que es sobrenatural, puesto que no está al alcance de nuestras fuerzas naturales. Sentimos insatisfacción por mucho que logremos de este mundo –**nuestro corazón está inquieto hasta que descanse en Ti**, diría Agustín de Hipona–, pero no vemos cómo lograr esa paz del espíritu, ese descanso en Dios que necesariamente anhelamos.

Como ya recordábamos, san Juan comienza su Evangelio advirtiendo a sus lectores que el Verbo Eterno se hizo hombre y que los hombres que le acogen son hechos hijos de Dios. Esta filiación divina requiere, según explicó el Señor a Nicodemo, un nuevo nacimiento, no a la vida humana sino del Espíritu. El ideal de esta vida en Dios es de hecho, no pocas veces, contrario a un ideal solamente humano. Gran parte de la enseñanza de Jesucristo se centra precisamente en establecer la diferencia entre bienaventurados; es decir, los que logran la vida eterna con Dios o bienaventuranza, y los que son felices sólo según este mundo.

Después de haber predicado el Reino de Dios al que somos llamados los hombres, que no es de este mundo, Jesucristo, como primogénito de los hijos de Dios, muere en redención por los pecados de los hombres. Y al resucitar al tercer día como había anunciado, nos precede en la vida gloriosa e inmortal para la que Dios nos pensó. Una vida que actúa movida por el Espíritu Santo, según hemos considerado a menudo, y que es una permanente relación de cada uno con las personas divinas de la Trinidad.

Hoy deseemos recordarlo de modo expreso, no vayamos a acostumbrarnos a tan excelsa verdad. Y agradecemos la Eucaristía que Jesús prometió, como nos recuerda hoy la liturgia. Dios nos ama ofreciéndonos el alimento que mantiene y desarrolla la vida sobrenatural para la que nos ha elegido. Así se expresó el Señor ante cuantos le escuchaban cierto día en la sinagoga de Cafarnaún. Sólo con ese Alimento de su cuerpo sería posible vivir plenamente de acuerdo con nuestra dignidad:

Si alguno come de este pan vivirá eternamente. Ese Pan, afirma, **es mi carne para la vida del mundo.**

¿Cómo puede éste darnos a comer su carne?, se preguntaban extrañados los judíos. Pero Jesús, sin entrar en explicaciones, no sólo reafirma lo que habían escuchado, sino que asegura que alimentarnos de su Cuerpo y Sangre es la única opción adecuada a nuestra condición: **En verdad, en verdad os digo que si no coméis la carne del Hijo del Hombre y no bebéis su sangre, no tendréis vida en vosotros.** Sin la Eucaristía, aunque parezca que llevamos una existencia saludable y hasta muy dichosa en ocasiones, no sería, sin embargo, nuestra vida realmente plena, aquella para la que nos hizo Dios capaces y a la que nos invita Cristo. Éste en su Evangelio, la noticia definitiva que nos debía transmitir y por la que se hizo hombre: **El que come mi carne y bebe mi sangre permanece en mí y yo en él. Como el Padre que me envió vive y yo vivo por el Padre, así, aquel que me come vivirá por mí.**

Las palabras de Jesús no admiten otra interpretación: alimentándonos de Él llevamos una vida divina. Una vida que se asemeja más a la del Padre, el Hijo y el Espíritu Santo, que a la de las otras criaturas que vemos junto a nosotros en este mundo. Sin hacernos dioses, lo cual sería contradictorio, Dios nos ofrece su misma vida y por eso se comprende la alegría de María, que se siente la más dichosa de las criaturas, pues, el Creador puso los ojos en Ella. Queramos considerar y valorar adecuadamente el hecho de que merecemos la atención de Dios a toda hora. ¿Procuramos ser agradecidos, conscientes de que Dios está siempre más aún que a nuestro lado?: **en El vivimos, nos movemos y existimos,** afirma san Pablo.

Como niños que deben desarrollarse, deseamos alimentarnos con hambre de ese manjar celestial que nos diviniza y fortalece. Y con esa sencillez, que es propia de los pequeños, insistimos sin miedo: *Yo quisiera Señor recibiros con aquella pureza, humildad y devoción, con que os recibió vuestra Santísima Madre, con el espíritu y fervor de los santos.*

PALABRA Y VIDA (www.palabrayvida.com.ar)

La Eucaristía, banquete mesiánico y escatológico

El tema de esta última catequesis sobre la Eucaristía nos es sugerido con fuerza por la primera lectura: *La Sabiduría... preparó su mesa.* Y al falto de entendimiento, le dice: *Vengan, coman de mi pan, y beban del vino que yo mezclé.* Continúa entonces la lectura de los signos eucarísticos: primero el del pan, después el del vino, hoy, el del banquete: *A tus hijos, Señor, les preparas un convite de fiesta* (Salmo responsorial). La Eucaristía como “sagrado convite”.

En el pasaje evangélico, el tema del banquete está presente a través de sus elementos constitutivos: el pan y el vino. El comer y el beber: *Yo soy el pan vivo bajado del cielo...mi carne es la verdadera comida y mi sangre, la verdadera bebida. El que come mi carne y bebe mi sangre permanece en mí y yo en él.* ¡Cuántas cosas nuevas podemos descubrir en la Eucaristía, si la miramos desde este punto de vista! Sin embargo, antes de ir en busca de los significados místicos, tratamos de tener bien clara la realidad, o la “fisonomía” de este banquete.

La Eucaristía saca su fisonomía litúrgica de la cena pascual de los hebreos; de ella ha heredado el aspecto de banquete, de fiesta, de sacrificio, de memorial, de comunión, de alabanza y de espera.

El banquete eucarístico está compuesto por dos “platos” fundamentales: la palabra y el cuerpo de Cristo. Son las dos comidas de la Iglesia: “Dos cosas –dice la Imitación de Cristo– siento

que son absolutamente necesarias en esta vida, sin las cuales ella me resultaría insoportable con sus miserias. Prisionero en la cárcel de este cuerpo, confieso tener necesidad de dos cosas: de comida y de luz. Por esto tú me diste a mí, enfermo, tu cuerpo para confortarme el alma y el cuerpo, y tu palabra es una lámpara para mis pasos (Sal. 119, 105). Sin estas dos cosas, no podría vivir bien; en efecto, la palabra de Dios es luz del alma y tu sacramento es pan de vida. También se podría llamar las dos comidas, situadas una acá y otra allá en el tesoro de la santa Iglesia” (IV, 11).

Desde siempre, en la Eucaristía se han encontrado reunidas estas dos comidas de la palabra y del pan, es decir, de las Escrituras y del Cuerpo de Cristo. No dos comidas, en realidad, sino una sola, porque es siempre el mismo alimento, Cristo, que se da a nosotros a través de dos modos y pasos distintos. En efecto, también la palabra de Dios es alimento, porque el hombre no vive solamente de pan, sino de todo lo que sale de la boca de Dios (Deut. 8, 3 = Mt. 4, 4). Cuando Jesús dice: *Yo soy el pan vivo bajado del cielo*, ese “yo” indica todo el Cristo: tanto su palabra como su carne y su sangre. El Verbo que se hizo carne es el mismo que se hizo palabra en las Escrituras. Fue esta certeza la que alimentó la espiritualidad de los Padres de la Iglesia. Al explicar el rito pascual del Éxodo, veían en la carne del cordero asada al fuego y comida de noche, el símbolo de la palabra de Dios, que está penetrada por el fuego del Espíritu Santo y que debe iluminar el camino de la noche de esta vida (Orígenes, *In Ioh.* X, 9 ssq.).

“Este pan que Jesús parte –escribe san Ambrosio al comentar la multiplicación de los panes– significa místicamente la palabra de Dios que, al ser distribuida, se agranda. Él nos dio sus palabras como panes que se multiplican en nuestra boca mientras los gustamos” (In Luc. VI, 86).

En la Misa, la palabra y la carne de Cristo se iluminan recíprocamente; juntas, constituyen de veras aquel banquete de la Sabiduría cantado en la primera lectura, en el que no sólo se conoce a Dios, sino que también se lo saborea (¡ya que en eso consiste la sabiduría!). He aquí por qué la Iglesia recomienda tanto que la Eucaristía no sea recibida fuera de la Misa. Debemos habituarnos a vivir en este espíritu la liturgia de la palabra dominical: no como una introducción al banquete eucarístico propiamente dicho y, por lo tanto, como algo que incluso se puede obviar, sino como parte esencial de él, que no puede ser perdida de ninguna manera.

Continuamos con la observación de la “fisonomía” del banquete eucarístico. Después de la comida de la palabra, viene la comida del Cuerpo y de la Sangre de Cristo. Es el propio Nuevo Testamento el que llama a la Eucaristía la mesa del Señor (1 Cor 10, 21).

Para que la Eucaristía respete esta imagen del banquete, hay algunas condiciones que deben ser observadas. Antes que nada, es indispensable extender lo más rápidamente posible entre todos los comensales la comunión en la Sangre del Señor. El banquete es banquete si en él se come y se bebe, no si se come solamente. ¿Qué clase de banquete es aquel donde no se ofrece de beber a los invitados? ¿En Caná, Jesús acaso no multiplicó el vino por esto? Jesús siempre habló al mismo tiempo de la necesidad de comer su carne y de beber su sangre: *Les aseguro que si no comen la carne del Hijo del hombre –advierte– y no beben su sangre, no tendrán Vida en ustedes* (Jn. 6, 53); *Beban todos de ella porque ésta es mi sangre* (Mt. 26, 27 sq.).

A la realidad de su Sangre, Jesús vinculó en modo especial algunos efectos de la Eucaristía que surgen más directamente de su muerte: el perdón de los pecados, la alianza, el Espíritu Santo (cfr. Mt. 26, 28). ¿Cómo se puede omitir este elemento sin romper el paralelismo eucarístico, sin oscurecer el signo del banquete y privar así al sacramento de su eficacia, que está ligada justamente a los signos? (*Significando causant*).

No basta que haya alguien (el sacerdote o los clérigos presentes) que cumpla el signo completo, comulgando también la Sangre de Cristo; la Eucaristía debe servir para unir, no para discriminar a los miembros del propio cuerpo de Cristo. Ante eso, Pablo reaccionaría como lo hizo ante las discriminaciones que tenían lugar durante la Cena del Señor en Corinto (cfr. 1 Cor 11, 20 ssq.); Santiago también reaccionaría, porque esto incluso crea una especie de distinción entre ricos y pobres en la asamblea, entre los comensales de clase A y de clase B (cf. Sant 2, 2 ssq.). Por eso, debemos rezar y hacer todo lo que esté en nosotros (se entiende, en la obediencia a la Iglesia), para que –una vez suspendidos los motivos preventivos o polémicos que indujeron a esta praxis– se vuelva, lo más pronto posible, a hacer resplandecer con toda su luz el signo del banquete, en el cual Jesús quiso configurar su Eucaristía. Es necesario hacer como María que, en Caná, fue a decirle a Jesús: *Vinum non habent!*

No basta, por supuesto, valorizar el signo del vino y del beber para realizar un auténtico banquete. Justamente, aquellos textos evocados de Pablo y Santiago nos dicen que hace falta otra cosa, algo que depende sólo de nosotros. La Eucaristía es un banquete si en él reina la fraternidad, la aceptación y el esperarse en forma recíproca; si el que llega “pobremente vestido” recibe allí los mismos honores y la misma atención que quien llega “con un anillo de oro” (cfr. Sant 2, 2). La Eucaristía es banquete si, aun por las señales más pequeñas, es posible notar que ahí reina la alegría. No hay nada más deprimente que asistir a un banquete donde predomina la etiqueta y donde la gente está por conveniencia, ignorándose los unos a los otros. Jesús no quiere gente que venga a su banquete en contra de su voluntad, y que esté allí sin el “hábito nupcial”, es decir, sin alegría y sin convicción. En la parábola del festín nupcial, el dueño de casa no insiste ante quienes dijeron que no una primera vez, sino que enseguida hace que sus sirvientes los remplacen (Lc. 14, 21).

Cuando la Eucaristía es celebrada con fe y fervor por una comunidad que aprendió a conocerse y a amarse, es increíble el deseo que crea, entre una semana y otra, de encontrarse de nuevo, y la alegría que promueve al estar juntos alrededor de la mesa del Señor. Son experiencias que hacen los cristianos en número cada vez mayor.

Esta es la “fisonomía” del banquete eucarístico, cómo es o cómo debería llegar a ser. Sin embargo, decía que esta fisonomía externa del banquete tiene un significado más profundo, conmemorativo y profético a la vez; éste: ¡El Banquete eucarístico es la imagen del Reino! Como el Reino, él celebra un “ya” y anuncia un “todavía no”. El “ya” que la Eucaristía celebra es la plenitud de la gracia y de la alegría mesiánica; ella nos recuerda que el Esposo está ya con nosotros (cfr. Mt. 2, 19); que ‘nosotros, los paganos de un tiempo, no somos más los perritos que se alimentan con las migas caídas de la mesa de los dueños (cfr. Mt. 15, 27), sino que nos alimentamos con la plenitud de los bienes porque todo es nuestro y nosotros somos de Cristo (cfr. 1 Cor 3, 22sq.). El banquete eucarístico celebra, por lo tanto, la presencia de la redención.

Sin embargo, no es un banquete cerrado y definitivo; hay en él algo de “inconcluso” que aflora a cada instante. Se está allí como en aquel festín del que habla el Evangelio, donde se espera que, de un momento a otro, entre el rey para ver a los comensales (Mt. 22, 11). Es un banquete que – como el de la noche del éxodo– se realiza de pie, con los arreos al costado, como quien está a la espera de partir para la tierra prometida. Y así, siempre que coman este pan Y beban esta copa, proclamarán la muerte del Señor hasta que él vuelva (1 Cor. 11. 26). “¡Hasta que él vuelva!”: he aquí lo que da al banquete eucarístico aquel sentido tan vivo de espera, aquel dinamismo Y aquella carga de esperanza. Al instituir la Eucaristía, Jesús, por decirlo así, dio cita a su Iglesia para otro banquete: el que tendría lugar en el Reino de Dios: *Les aseguro que desde ahora no beberé más de este fruto de la vid, hasta el día que beba con ustedes el vino nuevo en el Reino de mi Padre (Mt.26, 29)*. El

Apocalipsis habla justamente de este banquete nuevo y eterno, en el cual ahora el Cordero espera a la esposa: *Después el Ángel me dijo: Escribe esto: “Felices los que han sido invitados al banquete de bodas del Cordero”* (19, 9). Por eso, después de la consagración, nosotros decimos: “¡Anunciamos tu muerte, Señor, proclamamos tu resurrección, a la espera de tu venida!” No basta, naturalmente, que proclamemos nuestra fe en el regreso del Señor sólo con palabras, durante la Misa; también en eso, la Eucaristía debe “invadir” la vida. Es nuestra vida entera la que debe proclamar que nosotros estamos a la espera de que el Señor venga. Y proclamarlo con el modo en que sabemos esforzarnos Y disfrutar de las cosas de aquí abajo, manteniendo viva la fe, ardiente la esperanza en las cosas de allá arriba, donde Cristo nos espera. No somos sólo nosotros, en efecto, quienes esperamos al Señor, ¡también el Señor nos espera a nosotros!

La Sabiduría... preparará su mesa. Ella manda a sus servidoras a proclamar sobre los sitios más altos de la ciudad... “¡Vengan!” ¡La Sabiduría mandó a sus servidoras; el Verbo mandó a sus apóstoles; la Iglesia nos manda a nosotros! La Sabiduría mandó “a los sitios más altos de la ciudad”; Cristo nos manda a “los cruces de los caminos, a las plazas y a las calles de la ciudad” (cfr. Mt. 22, 9; Lc. 14, 21 sq.), es decir, a los puntos más bajos, allí donde están habitualmente los pobres, los hambrientos, la gente que espera algo. Cada uno tendría que comprometerse a convencer a alguno de estos hermanos para ir con él al banquete del Cordero: ¡Todavía queda lugar!

BIBLIOTECA ALMUDÍ (www.almudi.org)

Homilía con textos de homilías pronunciadas por San Juan Pablo II

El Padre que vive me ha enviado, y Yo vivo por el Padre; del mismo modo el que me come vivirá por Mí”. Jesús no nos ha dado solamente una doctrina y un ejemplo para que sepamos orientarnos cara a la felicidad eterna que nos aguarda en el Cielo, se nos ha dado Él mismo.

La presencia de Cristo en la Eucaristía y su deseo de que nos alimentemos de ella es el testimonio más elocuente de su amor por nosotros. Es la Alianza nueva y eterna, un pacto por el que Dios se compromete a no abandonar a los suyos en sus necesidades y por el que honra al hombre que más puede enorgullecerle. Una amistad, una intimidad que eclipsa a cualquier otra que una persona humana pueda disfrutar en esta tierra.

Una persona puede dar a otra que se cruza en su camino cosas de su propiedad y que son signos de su afecto, su confianza, su gratitud, su fidelidad. Las personas pueden hacer que otras participen de sus conocimientos, sus experiencias, sus vivencias, sus proyectos, su dinero..., incluso pueden darse a sí mismo. No dar cosas suyas sino darse ellas mismas. Es el amor de amistad, o el conyugal también, en el que se realiza un intercambio en la manera de pensar, de sentir, imaginar y querer, que desemboca en un proyecto común. También en la Eucaristía se realiza una unión similar, con la diferencia de que en Cristo no hay defectos ni limitaciones de ningún género. Esta unión nos enriquece más que ninguna otra porque nos hace concorpóreos y consanguíneos de Jesucristo. Esto es, nos va endiosando, purificándonos, comunicándonos su vida inmortal. Los frecuentes encuentros con Él en la Comunión van transformándonos poco a poco, santificándonos. “Dándose a nosotros, Cristo reaviva nuestro amor y nos hace capaces de romper los lazos desordenados con las criaturas y arraigándonos en Él” (C.E.C. 1394).

“¿Cómo escapar, en medio de las luchas de la vida, a esos inevitables desfallecimientos que acaecen a pesar de nuestro y a causa de nuestra fragilidad? Las múltiples inclinaciones, que sin cesar renacen, de nuestro amor propio, de nuestra sensibilidad desordenada, de nuestro temperamento, las mil ocasiones de caída que sorpresivamente se nos atraviesan en nuestra vida, siempre sobrecargada,

la perenne dispersión a las que nos empujan nuestras actividades profesionales y sociales, el agotamiento, la anemia espiritual, que nos acechan sino no sabemos hacer que todo vuelva a la unidad por el amor; todo este lote de disipación cotidiana que nos desvía del pensamiento único de Dios, encuentra maravilloso remedio en la Comunión diaria” (M. M. PHILIPON).

Quien comulga queda fuertemente enraizado en la vida gloriosa de Cristo. S. GREGORIO DE NISA explica en sus Discursos Catequéticos, 37, que el hombre comió un alimento mortífero. Debe tomar, por tanto, un medicamento al igual que los que toman un veneno deben ingerir un contraveneno. Este medicamento de nuestra vida no es otro que el cuerpo de Cristo que ha vencido a la muerte y es la fuente de nuestra vida, y por la mediación de sus fuerzas inmortales se reparan los daños de aquel veneno. La Eucaristía no sólo concede un derecho a la futura resurrección, sino que glorifica toda la realidad corpórea humana y la prepara para la incorruptibilidad. Ella siembra un germen de inmortalidad en la criatura humana.

Homilía a cargo de D. Justo Luis Rodríguez Sánchez de Alva

El que come este pan vivirá para siempre. Vivir es la máxima aspiración humana. Nuestro corazón no está hecho para la destrucción sino para la existencia, para lo verdadero, lo bello, lo amable, lo justo... Pero si Cristo no hubiera venido al mundo no habría esperanza de que esto pudiera ser una realidad, ya que la experiencia diaria convence al hombre –a veces de forma dolorosa– que la muerte es un hecho incuestionable, el aplastamiento total y sin remedio de toda esperanza terrena. Por eso no hay mentira mayor que buscar un paraíso en la tierra. No hay engaño mayor que el de quien trabaja por una justicia, una paz, un orden que no esté basado en Cristo.

En esta vida todo se acaba, todo está sujeto a la ley de la caducidad. Llegará un momento en que, con dolor, nos despediremos de los seres queridos, y de todo aquello por lo que, noblemente, nos hemos esforzados aquí en la tierra. Esta realidad sombría que perturba la modesta dicha de algunos, para los cristianos significará el comienzo de la visión de Dios si velos, cara a cara, “porque le veremos tal cual es” (1 Jn 3, 2), gracias a la Eucaristía. El Cuerpo y la Sangre del Señor, es lo que nos permite traspasar el umbral de esta vida sin congoja e ingresar allí donde Dios enjugará las lágrimas de nuestros ojos y donde no habrá muerte, ni llanto, ni lamento, ni dolor, porque todo lo anterior ya pasó” (Apoc 21, 4).

El Papa León XIII, refiriéndose a esta dimensión escatológica de la Eucaristía, dijo: “Esta Hostia Divina inocular en el cuerpo frágil y destinado a la muerte, la futura resurrección, porque el Cuerpo Glorioso de Cristo incrusta un germen de inmortalidad que un día se desarrollará. La Iglesia en todo tiempo creyó que se otorgará este don al alma y al cuerpo apoyándose en aquellas palabras de Jesús: “*Este es el pan que ha bajado del cielo, no como el maná del que comieron vuestros padres en el desierto y murieron, quien come de este pan vivirá eternamente*”.

El cristiano cuando recibe a Jesucristo en la Eucaristía, tiene la vida de Cristo. **El que come mi carne y bebe mi sangre permanece en mí y yo en él. Igual que el Padre que me envió vive y yo vivo por el Padre, así, el que me come vivirá por mí.** En consecuencia, tiene una fuerza interior, sobrenatural, para no claudicar cuando se abre el apetito de las malas pasiones que suelen presentarse con formas y colores atractivos, y, como el Señor, pensar que **no solo de pan vive el hombre**; y que es en este sagrado convite donde está el alimento **que perdura hasta la vida eterna** (Jn 627).S. Cirilo de Alejandría enseñaba que la Eucaristía “tiene la fuerza de alejar no sólo la muerte, sino también nuestras debilidades. En efecto, al habitar en nosotros, adormece la ley de la carne que actúa en nuestros miembros y estimula nuestra piedad hacia Dios. Cuando comemos un

alimento, no nos convertimos en él sino que lo asimilamos y pasa a formar parte de nuestro cuerpo. En la Comunión Eucarística, enseña S. Agustín, ocurre justamente al revés: “No serás tu quien me asimile, sino que seré Yo quien te asimile”. “Nosotros resucitaremos, afirma S. Cirilo de Alejandría, porque Cristo está en nosotros con su misma carne; más aún, es imposible que la Vida no vivifique a aquellos en los que está”.

Yo estoy con vosotros todos los días hasta el fin del mundo. Esta promesa del Señor se cumple en la Eucaristía. Cuando comulgamos, Dios está con nosotros, dentro de nosotros. Ella es también la garantía de la vida eterna, esa aspiración del corazón humano tan hondamente sentida.

Homilía basada en el Catecismo de la Iglesia Católica

“Alimentas a tu pueblo con comida de ángeles y le has dado pan del cielo”

La personificación de la Sabiduría, tan frecuente en los libros sapienciales, invita al banquete del pan y del vino, signo del banquete escatológico prometido por Yavé. La Iglesia ha visto siempre aquí una referencia a la Eucaristía.

Nicodemo había pensado en un nacimiento físico; la samaritana creía que el agua que Cristo le ofrecía era como la del pozo; ahora los judíos entienden el lenguaje de Cristo en sentido literal. Jesús, a pesar de todo, no cesa en su planteamiento. Su Palabra no es verdad porque sean muchos los que la acepten; ni es falsa porque sea rechazada. Alude a la “carne” y a la “sangre”, indicio de que a Jesús se le recibe todo entero en la Eucaristía.

La comunión de vida que se establece entre Jesucristo y quien comulga es el tema final de la perícopa. Para ello se apela nada menos que a la comunión de vida entre el Padre y el Hijo. Ahora es cuando queda definitivamente claro que es “el pan de la vida”.

Cuando las verdades se “conquistán” por consenso, hay que pensar que la expresión misma es errónea. A la verdad no se llega por ese camino. Así sólo se logra un acuerdo o pacto, un convenio, pero no necesariamente la verdad. Y fuera de ella la existencia humana acaba oscureciéndose.

— “En el corazón de la celebración de la Eucaristía se encuentran el pan y el vino que, por las palabras de Cristo y por la invocación del Espíritu Santo, se convierten en el Cuerpo y la Sangre de Cristo. Fiel a la orden del Señor, la Iglesia continúa haciendo, en memoria de Él, hasta su retorno glorioso, lo que Él hizo la víspera de su pasión: «Tomó pan...», «tomó el cáliz lleno de vino...». Al convertirse misteriosamente en el Cuerpo y la Sangre de Cristo, los signos del pan y del vino siguen significando también la bondad de la creación. Así, en el ofertorio, damos gracias al Creador por el pan y el vino, fruto «del trabajo del hombre», pero antes, «fruto de la tierra» y «de la vid», dones del Creador. La Iglesia ve en el gesto de Melquisedec, rey y sacerdote, que «ofreció pan y vino» (Gn 14,18) una prefiguración de su propia ofrenda” (1333; cf. 1334).

— “De cada día”. La palabra griega «*epiousios*» no tiene otro sentido en el Nuevo Testamento. Tomada en un sentido temporal, es una repetición pedagógica de «hoy» para confirmarnos en una confianza «sin reserva». Tomada en un sentido cualitativo, significa lo necesario a la vida, y más ampliamente cualquier bien para la subsistencia. Tomada al pie de la letra *obepiousios*: «lo más esencial»; *ob*, designa directamente el Pan de Vida, el Cuerpo de Cristo, «remedio de inmortalidad» sin el cual no tenemos la Vida en nosotros. Finalmente, ligado a lo que precede, el sentido celestial es claro: este «día» es el del Señor, el del Festín del Reino, anticipado en la Eucaristía, en que pregusta el Reino venidero. Por eso conviene que la liturgia eucarística se celebre «cada día» (2837).

— “La Eucaristía es nuestro pan cotidiano. La virtud propia de este divino alimento es la fuerza de unión: nos une al Cuerpo del Salvador y hace de nosotros sus miembros para que vengamos a ser lo que recibimos... Este pan cotidiano se encuentra, además, en las lecturas que oís cada día en la Iglesia, en los himnos que se cantan y que vosotros cantáis. Todo eso es necesario en nuestra peregrinación” (San Agustín, serm 57,7,7) (2837).

“Naciendo, se da como amigo; puesto a la mesa, como alimento; muriendo, se ofrece como redención; reinando, como premio” (Himno “*Verbum supernum*”).

HABLAR CON DIOS (www.hablarcondios.org)

Prenda de vida eterna.

– La Sagrada Comunión es ya un adelanto del Cielo y garantía de alcanzarlo.

I. La *Primera lectura* de la Misa¹ muestra la invitación que Dios hace a los hombres desde antiguo: *Venid a comer mi pan y a beber el vino...* Este banquete es una imagen frecuentemente empleada en la Sagrada Escritura para anunciar la llegada del Mesías, llena de bienes, y de modo particular es prefiguración de la Sagrada Eucaristía, en la que Cristo se nos da como Alimento; y de este manjar nos habla San Juan, recogiendo las palabras finales de Jesús en la sinagoga de Cafarnaún, donde anunció el inefable don que habría de dejar a los hombres. *Yo soy el pan vivo que ha bajado del Cielo*, nos dice Jesús: *el que coma de este pan, vivirá para siempre*. Y un poco más adelante añade: *El que come mi carne y bebe mi sangre tiene vida eterna, y Yo le resucitaré en el último día. Mi carne es verdadera comida y mi sangre es verdadera bebida... Éste es el pan bajado del Cielo: no como el de vuestros padres, que lo comieron y murieron: el que come este pan vivirá para siempre*².

La Comunión, como alimento del alma, aumenta la vida sobrenatural del hombre; a la vez, y como consecuencia, da defensas para resistir a lo que en nosotros no es de Dios, aquello que se opone a la unión plena con Cristo. Ayuda a combatir la inclinación al mal y fortalece contra el pecado; aumenta la alegría que procede de Dios, el fervor y la fidelidad a la propia vocación. Al encender la caridad y despertar la contrición por nuestras faltas, borra los pecados veniales de los que estamos arrepentidos y preserva de los mortales.

Además, la Sagrada Eucaristía no sólo es alimento del alma en su camino hacia Dios, sino prenda de vida eterna y anticipo del Cielo. *Prenda* es la señal que se entrega como garantía del cumplimiento de una promesa³. En la Comunión tenemos ya un adelanto de la vida gloriosa y la garantía de alcanzarla, si no traicionamos la fidelidad al Señor.

En una antigua Antífona del culto eucarístico, rezamos: *Oh sagrado convite, en el que se recibe a Cristo... el alma se llena de gracia, y se nos da una prenda de la gloria futura*. El banquete es imagen muy empleada en la Sagrada Escritura para describir el gozo y la felicidad que alcanzaremos en Dios. El mismo Señor anunció que no bebería ya del fruto de la vid, *hasta aquel día en que lo beba con vosotros de nuevo, en el Reino de mi Padre*⁴. Hace referencia a un vino nuevo⁵, porque ya no habrá la necesidad del alimento y de la bebida común: tendremos a Cristo para siempre

¹ Prov 9, 1-6.

² Jn 6, 51-58.

³ Cfr. M. MOLINER, *Diccionario del uso del español*, Gredos, Madrid 1970, voz PRENDA.

⁴ Mt 26, 29.

⁵ Cfr. Is 25, 6.

en una unión vivísima, sin término, sin los velos de la fe. Ahora, en la Comunión, tenemos el anticipo y la garantía de esa unión definitiva, y “hace también presentes a todos los miembros del Cuerpo Místico más allá de las distancias y más allá de la muerte, porque el espacio y el tiempo quedan suprimidos en el Cristo glorioso allí presente”⁶.

¡Qué alegría poder estar con Cristo y entrar de alguna manera en el Cielo ya aquí en la tierra! ***Agiganta tu fe en la Sagrada Eucaristía. –¡Pásmate ante esa realidad inefable!: tenemos a Dios con nosotros, podemos recibirle cada día y, si queremos, hablamos íntimamente con Él, como se habla con el amigo, como se habla con el hermano, como se habla con el padre, como se habla con el Amor***⁷.

– **La Sagrada Eucaristía es también prenda de la futura glorificación del cuerpo.**

II. En la Comunión, “sacramento de piedad, signo de unidad, vínculo de caridad, banquete pascual en el que se recibe a Cristo, el alma se llena de gracia y se nos da la prenda de la gloria futura”⁸, nos enseña el Concilio Vaticano II. Esta gloria eterna no es sólo del alma, sino también del cuerpo, de todo el hombre⁹. El Señor hacía referencia al hombre entero cuando prometió que aquel que comiera de Él, vivirá por Él y no morirá jamás, y que Él le resucitará en el último día¹⁰. La Eucaristía proclama la muerte del Señor *hasta que venga*¹¹, al final de los tiempos, cuando tenga lugar la resurrección de los cuerpos y vuelvan a unirse al alma. Así, quienes han sido fieles amarán y gozarán de Dios –con el alma y con el cuerpo– para siempre.

Jesús es la Vida, no sólo la del más allá, sino también la vida sobrenatural que la gracia opera en el alma del hombre que todavía se encuentra en camino. Cuando Jesús acude a Betania para resucitar a Lázaro, dirá a Marta: *Yo soy la Resurrección y la Vida, el que cree en Mí, aunque haya muerto, vivirá, y todo el que vive y cree en Mí no morirá para siempre*¹². El Señor vuelve a repetir aquí en Betania la enseñanza de Cafarnaún que hoy encontramos en el Evangelio de la Misa: quien le recibe no morirá.

Los Padres de la Iglesia llaman a la Comunión “medicina de la inmortalidad, antídoto para no morir, sino para vivir por siempre en Jesucristo”¹³. Como el leño de la vid –enseña San Ireneo–, puesto en la tierra, fructifica a su tiempo, y el grano de trigo caído en la tierra y deshecho se levanta multiplicado y, “después, por la sabiduría de Dios, llega a ser Eucaristía, que es Cuerpo y Sangre de Cristo, así también nuestros cuerpos, alimentados con ella y colocados en la tierra y deshechos en ella, resucitarán a su tiempo...”¹⁴: esa garantía de la futura resurrección que es la Eucaristía actúa como semilla de la futura glorificación del cuerpo y lo alimenta para la incorruptibilidad de la vida eterna. Siembra en el hombre un germen de inmortalidad, pues la vida de la gracia se prolonga más allá de la muerte.

San Gregorio de Nisa explica que el hombre tomó un alimento de muerte (con el pecado original) y debe, por tanto, tomar una medicina que le sirva de antídoto, como quienes han tomado

⁶ CH. LUBICK, *La Eucaristía*, Ciudad Nueva, 2ª ed., Madrid 1978, p. 80.

⁷ SAN JOSEMARÍA ESCRIVÁ, *Forja*, n. 268.

⁸ CONC. VAT. II, Const. *Sacrosanctum Concilium*, 47.

⁹ Cfr. M. SCHMAUS, *Teología dogmática*, Rialp, 2ª ed., Madrid 1963, vol. VI, p. 439.

¹⁰ Cfr. *Jn* 6, 54.

¹¹ *1 Cor* 11, 26.

¹² *Jn* 11, 25.

¹³ SAN IGNACIO DE ANTIOQUIA, *Carta a los Efesios*, 20, 20.

¹⁴ SAN IRENEO, *Contra las herejías*, 5, 2, 3.

algún veneno deben tomar un contraveneno. Esta medicina de nuestra vida no es otra que el Cuerpo de Cristo, “que ha vencido a la muerte y es la fuente de la Vida”¹⁵.

Si alguna vez nos entristece el pensamiento de la muerte y sentimos que se derrumba esta casa de la tierra que ahora habitamos, debemos pensar, llenos de esperanza, que la muerte es un paso: más allá sigue la vida del alma, y un poco más tarde la acompañará el cuerpo, que será también glorificado; como ocurre a quien tiene que abandonar su hogar por alguna catástrofe, que se consuela e incluso se alegra al saber que le aguarda otro mejor, que ya no tendrá que abandonar jamás. La Sagrada Eucaristía no sólo es anticipo, sino “señal que se da en garantía” de la promesa que nos ha hecho el mismo Señor: *El que come mi carne y bebe mi sangre tiene vida eterna y Yo le resucitaré en el último día.*

– Mientras nos dirigimos hacia la casa del Padre, nuestras debilidades deben llevarnos a buscar fortaleza en la Comunión.

III. *Mirad con cuidado cómo vivís; no sea como necios, sino como sabios, aprovechando bien el tiempo, pues los días son malos*, nos advierte San Pablo en la *Segunda lectura* de la Misa¹⁶. Ahora, como entonces, *los días son malos*, y el tiempo, corto. Es pequeño el espacio que nos separa de la vida definitiva junto a Dios, y las posibilidades de dejarse arrastrar por un ambiente que no conduce al Señor son abundantes. El Apóstol nos invita a aprovechar bien el tiempo, el que nos toca vivir. Más aún, hemos de recuperar el tiempo perdido. Rescatar el tiempo –explica San Agustín– “es sacrificar, cuando llegue el caso, los intereses presentes a los intereses eternos, que así se compra la eternidad con la moneda del tiempo”¹⁷. Así aprovecharemos todos los momentos y circunstancias para dar gloria a Dios, para reafirmar el amor a Él, por encima de todo lo que es pasajero y no deja huella.

Cristo, en la Sagrada Comunión, nos enseña a contemplar el presente con una mirada de eternidad; nos muestra lo que es verdaderamente importante en cada situación, en cada acontecimiento. Ilumina el futuro y da perspectiva trascendente a nuestras obras bien hechas, avanzando cada jornada hasta dar el paso hacia una existencia nueva y eterna, ante la que el mundo de hoy nos parecerá como una sombra¹⁸. En la Sagrada Eucaristía encontramos las fuerzas necesarias para recorrer el camino que todavía nos falta hasta llegar a la casa del Padre; “es para nosotros *prenda eterna*, de manera que ello nos asegura el Cielo; éstas son las arras que nos envía el cielo en garantía de que un día será nuestra morada; y, aún más, Jesucristo hará que nuestros cuerpos resuciten tanto más gloriosos, cuanto más frecuente y dignamente hayamos recibido el suyo en la Comunión”¹⁹.

Nuestras debilidades deben llevarnos a buscar fortaleza en la Comunión. En este sacramento, “es Cristo en persona quien acoge al hombre, maltratado por las asperezas del camino, y lo conforta con el calor de su comprensión y de su amor. En la Eucaristía hallan su plena actuación las dulcísimas palabras: *Venid a Mí, todos los que estáis fatigados y cargados, que Yo os aliviare* (Mt 11, 28). Ese alivio personal y profundo, que constituye la razón última de toda nuestra fatiga por los caminos del mundo, lo podemos encontrar –al menos como participación y pregustación– en ese Pan divino que Cristo nos ofrece en la mesa eucarística”²⁰. Con Él, si somos fieles, entraremos un día en

¹⁵ Cfr. SAN GREGORIO DE NISA, *Discursos catequéticos*, 37.

¹⁶ *Ef* 5, 15-20.

¹⁷ SAN AGUSTIN, *Sermón* 16, 2.

¹⁸ Cfr. *1 Cor* 7, 31.

¹⁹ SANTO CURA DE ARS, *Sermón sobre la Comunión*.

²⁰ SAN JUAN PABLO II, *Homilía* 9-VII-1980.

el Cielo, y lo que era garantía de una promesa se tornará realidad: la vida junto a la Vida por toda la eternidad.

Ecce Panis angelorum, factus cibus viatorum, vere panis filiorum: he aquí el Pan de los Ángeles, hecho alimento de los que caminan, verdaderamente el pan de los hijos²¹: danos, Señor, la fuerza para recorrer con garbo humano y sobrenatural nuestro camino de esta tierra, con la mirada puesta en la meta.

Rev. D. Blas RUIZ i López (Ascó, Tarragona, España) (www.evangelii.net)

Yo soy el pan vivo, bajado del cielo. Si uno come de este pan, vivirá para siempre

Hoy continuamos con la lectura del Discurso del pan de vida que nos ocupa en estos domingos: «Yo soy el pan vivo, bajado del cielo» (Jn 6,51). Tiene una estructura, incluso literaria, muy bien pensada y llena de ricas enseñanzas. ¡Qué bonito sería que los cristianos conociésemos mejor la Sagrada Escritura! Nos encontraríamos con el mismo Misterio de Dios que se nos da como verdadero alimento de nuestras almas, con frecuencia amodorradas y hambrientas de eternidad. Es fantástica esta Palabra Viva, la única Escritura capaz de cambiar los corazones.

Jesucristo, que es Camino, Verdad y Vida, habla de sí mismo diciéndonos que es Pan. Y el pan, como bien sabemos, se hace para comerlo. Y para comer —debemos recordarlo— hay que tener hambre. ¿Cómo podremos entender qué significa, en el fondo, ser cristiano, si hemos perdido el hambre de Dios? Hambre de conocerle, hambre de tratarlo como a un buen Amigo, hambre de darlo a conocer, hambre de compartirlo, como se comparte el pan de la mesa. ¡Qué bella estampa ver al cabeza de familia cortando un buen pan, que antes se ha ganado con el esfuerzo de su trabajo, y lo da a manos llenas a sus hijos! Ahora, pues, es Jesús quien se da como Pan de Vida, y es Él mismo quien da la medida, y quien se da con una generosidad que hace temblar de emoción.

Pan de Vida..., ¿de qué Vida? Está claro que no nos alargará ni un día más nuestra permanencia en esta tierra; en todo caso, nos cambiará la calidad y la hondura de cada instante de nuestros días. Preguntémonos con honestidad: —Y yo, ¿qué vida quiero para mí? Y comparémosla con la orientación real con que vivimos. ¿Es esto lo que querías? ¿No crees que el horizonte puede ser todavía mucho más amplio? Pues mira: mucho más aún que todo lo que podamos imaginar tú y yo juntos... mucho más llena... mucho más hermosa... mucho más... es la Vida de Cristo palpitando en la Eucaristía. Y allí está, esperándonos para ser comido, esperando en la puerta de tu corazón, paciente, ardiente como quien sabe amar. Y después de esto, la Vida eterna: «El que coma este pan vivirá para siempre» (Jn 6,58). —¿Qué más quieres?

²¹ MISAL ROMANO, Solemnidad del Smo. Cuerpo y Sangre de Cristo. Secuencia *Lauda Sion*.